

HQN™

# Nuestra Luz



Arwen Grey

# Nuestra luz

Arwen Grey

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2020 Macarena Sánchez Ferro  
© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Nuestra luz, n.º 8 - abril 2020

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1348-762-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

## Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

*Yo lo tengo ya,  
es un buen lugar*

*Una lanza, una oración - Duncan Dhu*

# 1

Primero tenía que encontrar el lugar.

Soleado, amplio, con espacio para trabajar, moverse, caminar, pensar, discutir consigo mismo en francés. Que poseyera aquella luz dorada, más dulce justo al atardecer, que era capaz de dar a todo una pátina decimonónica.

Silencioso, a ser posible, aunque sabía que era complicado en la gran ciudad. De toda su lista de peticiones, la agencia había dicho que aquella sería la más complicada de cumplir. Y también la de que no hubiera vecinos en las cercanías.

Al final, como solía ocurrir, de todo lo que quería, solo había conseguido la luz dorada. Una luz dorada maravillosa, que estuvo a punto de hacerle llorar. Y lo habría hecho de estar a solas y la agente inmobiliaria no le estuviera mirando y mascando chicle, esperando su firma, impaciente, como toda la gente de ese siglo.

Firmó, y pudo quedarse a solas, mirando el patio con limoneros plantados en enormes macetas de color verde chillón, que no les favorecían.

Un patio de limoneros como el de Machado.

Maravilloso.

Si se quedaba el tiempo suficiente, pintaría aquellos maceteros de un tono adecuado.

Dio la espalda al patio y a la luz dorada y contempló su nuevo estudio de pintura.

No era grande, ni amplio, ni podría dar muchas zancadas en sus paseos en busca de inspiración, pero la luz era perfecta.

Con un suspiro de satisfacción, dedicó una hora entera al disfrute de aquel logro sin igual.

Elsa se apartó y contempló la obra de Agustina desde la distancia, pensando que así podría mejorar. Giró la cabeza. El nuevo ángulo solo le hizo abrir los ojos de la impresión.

—¡Cielo Santo! ¿Es un pene?

Agus achicó los ojos y contempló el acrílico con ojo crítico. La boca con dentadura postiza de un blanco doloroso estaba tan fruncida que parecía un diseño de Fortuny.

—Si tanto te ha costado verlo, es que no está bien —dijo la anciana en tono serio—. Volveré a empezar.

Elsa inspiró hondo y se volvió para que su alumna no viera su expresión. A lo largo de sus años como profesora de pintura, había visto todo tipo de obras, desde las más clásicas hasta las más rompedoras, pero, en general, eran los ancianos los que más la sorprendían.

—Seguro que el modelo quedará encantado —dijo por encima del hombro.

Muy concentrada en lo suyo, Agustina se limitó a asentir y a morder el pincel, como si estuviera planeando si era mejor retocar aquella monstruosidad o si de verdad debía volver a empezar, con

el gasto que aquello conllevaba.

Elsa caminó de un caballete a otro, dando consejos y animando a su grupo de tarde del miércoles. La media de edad duplicaba la suya con creces, pero su entusiasmo también lo hacía en ocasiones. Desde que había iniciado aquellas clases, la vida le había demostrado que nunca se podía dar nada por perdido, y que las ganas de vivir eran una de aquellas cosas.

Desde que se había divorciado y había decidido que iba a retomar su carrera como artista, había descubierto que la vida era una cabrona con un sentido del humor muy negro. Para empezar, los artistas, así, tal cual, no podían vivir de lo suyo. Ella, al menos, no. En definitiva, descubrió que no había tenido jamás una carrera como artista, así que era imposible retomarla.

Lo más cercano que había podido encontrar para poder vivir de su trabajo era dar clases de pintura a niños, a ancianos y a gente con discapacidades diversas. Y resultaba que aquello sí que era vivir. Vivir de verdad. Casi nunca pintaba, eso era cierto, más allá de unas pinceladas en los cuadros de los demás, pero lo que se divertía enseñando a otros y aplicando lo que había aprendido en la universidad y en diferentes cursos, eso no se lo quitaba nadie.

Y, además, tenía aquel maravilloso apartamento, con aquel patio de limoneros que había plantado durante su primera semana allí.

Aquello era un paraíso.

Y también tenía aquella luz que no se pagaba con dinero. No había sido más feliz en toda su vida.

## 2

Claudio estaba convencido de que había nacido con un destino marcado, como los grandes. Ya de niño sabía que no era como los demás. Mientras otros jugaban y se despellejaban las rodillas detrás de un balón y se peleaban por los columpios, él perdía dioptrías mirando una margarita y tratando de comprender cómo la luz incidía en sus pétalos, y cómo el tono de blanco cambiaba en un día nublado o en un día de sol. Luego llegaba el jardinero y cortaba la hierba y todo se iba al carajo. Se acababan las margaritas y la contemplación.

Sus padres decían que era raro, con ese tono que utilizan los padres, los abuelos, los vecinos, los tíos y todo el mundo en general, para decir que no eres como el resto, pero todavía peor. Es decir, que no estaba en la medianía, que no le gustaba el fútbol, los deportes, que no salía con chicas, que no iba al cine, que no jugaba a la consola, que no le gustaba el rock ni el pop, ni lo que estaba de moda. Su madre no habría sufrido más si se hubiera declarado gay. El día que le pilló besando con torpeza a una compañera de Bellas Artes en su dormitorio juraría que respiró tranquila.

Pero es que, incluso siendo raro, Claudio era distinto. No era raro en el sentido de que se apuntaba a la moda de ir a contracorriente, llevar los tobillos al aire y gafas de pasta, sino que él había descubierto un buen día algo que le había marcado y había decidido que quería ser eso. Y hacia ello había enfocado su vida.

Claudio debería haber sabido, ya antes de dar aquella clase sobre la pintura del siglo XIX, que su nombre no venía de la nada. Era un nombre antiguo, desfasado, de viejo, que decían algunos. Era el nombre de Monet. Evidentemente.

Si se miraba al espejo, incluso se parecían. Solo le faltaba la barba. Así que decidió un buen día dejársela.

Y entonces su familia le dio por perdido.

Empezó su periplo de casa en casa, de luz en luz. Pintó y trabajó, hasta que la magia desaparecía. No era conocido, pero se ganaba bien la vida. El estilo clásico siempre tenía sus compradores, aunque no fuera algo que estuviera precisamente de moda.

A esa hora de luz dorada que era su favorita, Claudio se enfundaba su bata, su bonete, se colocaba frente al ventanal enorme, observando el patio con limoneros. En general necesitaba un tiempo de reflexión antes de poder mirar el lienzo.

Las otras ventanas del edificio daban al patio, y él podía observar lo que hacían las personas al otro lado, desearlo, pero no era del tipo *voyeur*. En general, lo que hicieran sus vecinos se la traía al paio. Solían ser gente sin interés, grises, con vidas corrientes. En ocasiones había alguien que despertaba su interés durante una temporada corta, pero no solía durar. Normalmente, este duraba lo que tardaban en cruzar dos palabras en el ascensor o en el portal.

Parejas chillonas o amorosas, niños que jugaban o pedían la cena, bebés que mamaban del



pecho de sus madres, ancianos mirando por la ventana, con la vista distraída.

Una mujer con una camisa de cuadros holgada, bailando mientras daba pinceladas a un lienzo.

Una mujer con una camisa de cuadros holgada, bailando mientras daba pinceladas a un lienzo...

La nota discordante atrajo su mirada al instante. Aquello no debería estar ahí, justo enfrente, en un ventanal vecino del suyo, disfrutando casi de la misma luz y de su patio con limoneros. Además, nadie con una técnica depurada debería sostener un pincel de aquella manera. Era imposible que una pincelada correcta saliera... en fin, correcta.

Claudio apretó los labios y sintió que los pelos del bigote se le metían dentro de la boca. Aquella barba de hacía dos siglos era incómoda y poco práctica, aunque no se atreviera a reconocerlo.

Aquella mujer no era una artista, se dijo con desdén.

No era como él.

### 3

—¿Sabes que hay otro artista en el vecindario?

Elsa terminó de preparar la paleta de colores, aunque era raro que la usara. Aquella era una costumbre que no quería perder. Odiaba pensar que era una de aquellas profesoras que se limitaba a soltar una ristra de trucos baratos y lecciones vacías y luego paseaba alrededor de los caballetes. Ella quería sentir que sus alumnos disfrutaban y aprendían, y que ella aprendía de ellos también.

—Querrás decir que hay un artista en el vecindario —respondió, mientras se ponía la camisa de cuadros, vieja y manchada de pintura, sobre la ropa limpia—. Artista es el que se gana la vida con sus obras, ya sabes —añadió con ironía.

Agustina, que llevaba bajo el brazo su cuadro con el pene, enorme y con venas bien marcadas, arrugó los labios, como si necesitara pensar en aquel concepto.

—Entonces sí es un artista. Me he informado bien al respecto. Se llama Claudio algo.

—¿Como el gallo?

—Como Monet, según él.

Elsa enarcó una ceja y asintió, incapaz de fingir seriedad.

—Ya veo. Es ese tipo de artista. Espero que no le hayas dicho que doy clases aquí, porque es capaz de quemarme la casa por blasfema. —Aunque fingía ligereza, Elsa era consciente de que su tono estaba lejos de ser alegre. Durante su vida había conocido a mucha gente que despreciaba el tipo de trabajo que ella hacía. Ser artista no era eso, pensaban. Una profesora de academia o de casa de cultura, creían, no era un artista de verdad. Antes preferían morir de hambre que caer tan bajo—. Por cierto, ¿cómo te has enterado?

Agus disimuló yendo a colocar su pene en el caballete con mejor luz del apartamento. Los demás alumnos sabían que no podían disputarle ese puesto si no querían morir desollados.

—Me equivoqué de escalera —dijo la anciana, encogiéndose de hombros—. No sé cómo ocurrió. Giré a la izquierda, luego a la derecha y de pronto estaba ahí. Soy vieja y soy débil, no me juzgues.

Elsa la miró con los ojos entrecerrados. Nunca dejaba de asombrarla la increíble cara dura de esa gente.

—¿Fuiste a mostrarle a Monet tu obra? Me gustaría saber lo que piensa al respecto.

Elsa trató de aguantar la risa al ver que Agus se sonrojaba. La anciana podía fingir desparpajo, pero estaba claro que no se había atrevido a tanto.

—Le ha gustado —replicó, rebelde.

—¡Oh, seguro que sí!

Mientras llegaba el resto de los alumnos y escuchaba rezongar a la más díscola de todos ellos, Elsa se volvió hacia el ventanal para abrir las cortinas. Rara vez las cerraba, pero no le gustaba la

luz matinal, demasiado dura y brillante. Prefería la de la tarde, dorada y dulce, casi amelonada.

Echó un vistazo a sus limoneros. Los había plantado al llegar allí, hacía cinco años. Todavía eran jóvenes, pero ya daban fruto. Y sobre todo alegraban el patio, tan triste cuando llegó, tan frío y abandonado. Ahora todo era luz y alegría.

Sintió un sobresalto al ver que había alguien rondando sus árboles.

Vestía una especie de batamanta, como si fuera Gandalf.

¿Qué diablos estaba haciendo ese friki con sus limoneros?

Entonces en tipo se apartó y vio el bote de pintura y la brocha.

—Lo mato. Yo lo mato...

Claudio había tratado de obviar aquel verde chillón y artificial.

Sí, lo había intentado con todas sus fuerzas.

También lo había intentado con ella, pero era evidente que a esa mujer no podía repintarla, así que tendría que conformarse con los maceteros.

Había preparado él mismo la mezcla, amasando con cariño el pigmento con el aceite de linaza. Le gustaba preparar sus propias pinturas, conseguir los tonos perfectos, las texturas adecuadas. Monet, se decía, no compraría sus colores en una tienda de manualidades.

Portando como si fuera un tesoro la brocha más grande que tenía y la mezcla de verde perfecta para aquel tono amarillo limón de la fruta, aquel verde de las hojas, aquel gris del hormigón de las paredes, aquel azul que predominaba siempre en el poco cielo que se veía, y, sobre todo, con el dorado de su maravillosa luz del atardecer, bajó las escaleras con un taburete plegable colgando del codo y se detuvo junto a los árboles, más altos de lo que le parecían desde su ventana en el cuarto piso.

El verde de los maceteros era igual de horrible a corta distancia. En eso no había equivocación posible.

Claudio suspiró, dejó el bote y la brocha en el suelo, y desplegó el taburete.

Estiró la tela de la bata tras él, como cuando se sentaba ante un paisaje.

Aquello no era una obra menor. Se trataba de su paz mental, de que todas las piezas encajasen.

Se rascó la barba y estiró los dedos varias veces.

Giró el cuello hacia un lado, hacia el otro. Rotó la cabeza y movió los hombros hacia adelante y hacia atrás.

Con los músculos y las articulaciones calientes, se dispuso al fin a tomar sus armas de trabajo. Tomó el bote de pintura lo colocó sobre la rodilla y hundió la brocha plana dentro.

Oh, sin duda el verde era precioso. Brillante y sedoso, como el predominante en *El estanque de Ninfas*. Se le escapó una sonrisa satisfecha de la que ni siquiera fue consciente.

—Le cortaré la mano si se atreve a tocar mis limoneros.

El tarro con pintura, en precario equilibrio sobre su rodilla, cayó al suelo y salpicó la bata y sus pantuflas. El precioso pigmento también manchó las baldosas, sucias y grises, y uno de los maceteros verdes.

Claudio contempló aquel desastre con más sorpresa que susto.

Había tardado una hora en preparar aquella pintura. Aquel pigmento le había costado un ojo de la cara. Y ahora estaba tirado por el suelo como si fuera el vómito de la niña de *El Exorcista*.

Levantó la vista poco a poco, paseándose primero por las zapatillas de colores, luego por los pantalones anchos de color claro indefinido, por la camisa de cuadros informe, y al fin por la cara enfurruñada, coronada por un moño de pelos rubios despeinados.

Tuvo que cerrar los ojos para no sufrir ante semejante despropósito cromático, aunque volvió a abrirlos al recordar lo que esa mujer había hecho.

Se levantó de golpe y sintió que el taburete se derrumbaba tras él. Se acercó a ella, arrastrando la bata por el suelo y embadurnando los bajos y el suelo con los restos de pintura.

Se detuvo cuando estaba a apenas unos pasos de ella.

Si su intención era que se mostrase avergonzada por su actitud, no lo logró. Al contrario, la mujer se colocó las manos en las caderas y lo miró también de arriba abajo con una sonrisa burlona.

—¿Se ha escapado usted de la máquina del tiempo?

Claudio apretó los dientes y los puños. Al hacerlo se dio cuenta de que todavía llevaba la brocha en la mano. Sacudió la mano y unas gotas de pintura la salpicaron en la cara.

No cabía duda de que ese tono de verde le favorecía.

—Lo... lo siento —dijo, soltando la brocha. Luego pensó que no, que no lo sentía en absoluto. Esa mujer había arruinado su bata, su pintura y su buen humor—. Aunque un poco de educación no le vendría mal. Yo solo pretendía mejorar este lugar.

Ella se pasó una mano por la mejilla sucia y se miró los dedos. Luego, para su sorpresa, se acercó y se los pasó a él por la cara, refrotando con fruición. Su sonrisa era pavorosa, y Claudio pensó que debería estar muy asustado. Lo extraño era que estaba un poco excitado.

Le tomó la mano para que ella dejara de hacer aquello, aunque no se la soltó.

—¿Es usted consciente del sufrimiento que provoca? —miró aquella mano, tan cerca que podía oler el cobre, predominante en el pigmento. Le gustaría lavar aquellos dedos, uno a uno, y luego pasárselos por...

Como si leyera sus pensamientos, su contrincante se soltó de golpe.

No se había alejado, sino que seguía muy cerca. Y así, tan cerca, pudo ver que su cabello rubio era precioso, que la luz dorada lo hacía casi de oro. Y que también convertía su piel, teñida de verde por su pintura, en seda, y sus pestañas en hilos de plata.

Ella se acercó todavía más y Claudio contuvo la respiración.

Jamás había sentido algo así.

Había leído mil veces acerca de los flechazos, y hasta se había creído enamorado tres veces en su vida, pero nada lo había preparado para aquello.

—La barba le sienta fatal —dijo ella de pronto, antes de darle un beso violento en los labios y desaparecer, como un hada, con aquella camisa horrible flameando tras ella.

Claudio trató de reponerse de aquella sensación, pero no pudo. Al menos durante unos instantes.

Al fin no tuvo más remedio que sonreír.

Al mirar los limoneros, el verde de las jardineras le pareció alegre y bonito.

—Suéltalo, Elsa. Desde aquí no se veía nada, pero se palpaba la tensión.

Elsa sintió las miradas de siete pares de ojos sobre ella, algunas de ellas con una curiosidad malsana. Agustina se atrevía a hablar, pero los demás no eran menos cotillas por no hacerlo.

—¿Os habéis dicho burradas?

—¿Te ha retado a duelo? Tiene pinta de ser un poco antiguo, el tipo ese.

—Seguro que es gay. Mi abuelo Enrique tenía una bata como esa y cantaba copla en su cuarto vestido con la ropa interior de mi abuela. Y tenía una voz preciosa, por cierto.

—¡Qué va a ser gay! ¿No has visto cómo la ha mirado? Se olían las feromonas sexuales desde aquí.

Elsa se dijo que prefería cuando estaban todos callados. Al menos podía escuchar sus pensamientos.

Dio una palmada para llamar al orden. Los siete ancianos se habían arremolinado junto al ventanal y observaban a Claudio, que había vuelto a sentarse en aquel ridículo taburete y miraba los limoneros con cara de idiota.

Incluso sonreía mientras se acariciaba la barba.

—Todos a trabajar. La hora vuela, y no me pagáis para hablar del vecino.

—Podemos hacer una excepción hoy —dijo uno de ellos, con un guiño pícaro—. Es la primera vez que hacemos algo interesante.

—¡Eh! —protestó Elsa—. ¿Insinúas que mis clases son un aburrimiento?

El anciano se acercó y le dio un pañuelo para que se limpiase la cara. A esas alturas había olvidado los restos de pintura verde con la que la había salpicado aquel idiota. Desperdiciar aquel maravilloso pigmento en unos maceteros era absurdo. Aquello sí que era un signo de aburrimiento, y no sus clases.

—Yo vengo por ella —dijo, señalando a Agustina, que había vuelto a plantarse frente a su lienzo con un pene—. Ni siquiera me gusta pintar.

Elsa se sonrojó y lo miró en silencio. No se había dado cuenta de que aquel hombre, normalmente callado, no disfrutaba de sus clases. De hecho, tenía una técnica más que aceptable y sus obras, si bien no brillantes, destacaban sobre la mayoría. Solía pintar flores. Siempre flores. Nunca se había preguntado por qué. Miró a Agus y se fijó en su ropa. Flores en la blusa. Flores en su cabello gris. Siempre flores.

Sonrió y se inclinó para darle un beso.

—Muchos besos regalas tú hoy, muchacha. ¿Será que se te está desatando algo por dentro? —oyó murmurar a la anciana.

De modo que alguien había visto lo que había hecho.

Carraspeó y se acercó a ella, fingiendo que no había ocurrido nada.

Era adulta y los adultos hacían cosas de adultos, como besarse. Besar a desconocidos en medio de una discusión sobre pintar maceteros seguro que era algo habitual.

No para ella, pero otros lo hacían a todas horas, estaba convencida de ello.

Además, llamar beso a aquello era exagerar. Ni siquiera le había rozado, con todo aquel pelo por la cara.

Quién sabía si era guapo, feo, viejo, un niñoato...

Menudas pintas.

Pero tenía los ojos bonitos, y una voz preciosa.

Mientras todos volvían a lo suyo, se acercó con disimulo al ventanal.

Claudio seguía allí.

Como si hubiera notado su presencia, alzó la mirada hacia la ventana. La saludó con la mano y ella se apartó de allí, fingiendo que no lo había visto.

## 6

Elsa despachó a sus alumnos más deprisa de lo normal.

En general las clases se alargaban al menos media hora. Charlaban, comentaban la actualidad o ideas, reían, y hasta salían a tomar algo. Alguna vez cenaban juntos, pero ese día estaba inquieta y quería quedarse a solas.

La vista se le desviaba todo el rato al ventanal y un poco más allá.

El artista ya no la observaba, como si su desaire lo hubiera ofendido.

Ahora trabajaba. Se había puesto otra de sus batas horribles y se había colocado ante un lienzo de tamaño considerable. Daba una pincelada cada media hora, más o menos. A ese ritmo, tendría el cuadro listo al cumplir los noventa, si acaso.

Una vez a solas, ella también sacó su caballete y se decidió a pintar. Últimamente había decidido que debía retomar una rutina, si es que quería que sus obras tuvieran una cierta calidad.

Su lienzo era mucho más pequeño que el del aprendiz de Monet.

Se preguntó qué estaría pintando él. Puentes, nenúfares, amaneceres...

Seguro que era bueno, clásico, técnicamente impecable. Y ella se moría por ver algo pintado por él.

Miró su propio cuadro. Era poco más que un esbozo de... algo. Ni siquiera recordaba la idea que había tenido en su momento. Entrecerró los ojos y giró la cabeza. Tal vez un paisaje. Aquello parecía un cerro, o una oveja. O el hombro de un hombre. O el ojo de un caballo.

Era casi una suerte que pareciera cualquier cosa, porque podía aprovechar el lienzo.

Con un suspiro, trató de calmar la respiración y concentrarse.

Se suponía que aquella era la mejor hora del día.

Estaba sola, la luz era suya, tenía una copa de vino al lado y podía pintar lo que le diera la gana, sin tener que dar consejos a nadie. Pero lo cierto era que la vista se le desviaba hacia el tipo en bata y barba enorme que pintaba al otro lado del ventanal.

Era increíble que vistiera así. ¿Cómo podía moverse con aquello sin engancharse con todo?

¿Cómo sería debajo de aquella tela?

No, no, no. Eso sí que no.

Nada de pensar en capas de ropa.

Cerró los ojos. Solo había una manera de exorcizar a aquel diablo, y era haciendo que pareciera un tipo corriente, como los demás. Solo le llamaba la atención porque era exótico. Si fuera normal, ni siquiera se fijaría en alguien así.

Se levantó del taburete y se dirigió a la puerta. De pronto, justo antes de salir, sonrió. Volvió al dormitorio y abrió un armario. Allí guardaba una vieja cortina que había descolgado de la ventana al llegar al piso. Estaba doblada y siempre pensaba tirarla, aunque nunca lo hacía. Ahora podría darle un uso al fin. Cuando iba a salir, vio un objeto en la mesa de la entrada. Lo cogió al vuelo,



junto con las llaves, y salió.

Claudio no podía pintar.

Nunca le había ocurrido algo similar. Levantaba el pincel, lo acercaba a la tela, pero no.

Debía de ser el amor.

También podía ser que aquella obra no acababa de convencerle, porque el rojo de la rosa era demasiado brillante como parecer real y el verde, sin el pigmento desperdiciado en las losas del patio, no era tan hermoso como lo había imaginado, pero hasta el día anterior todo iba bien.

Claro que el día anterior no estaba enamorado.

Volvió a levantar el pincel, pero esa vez tampoco pudo dar la pincelada planeada.

Era horrible. Y, sin embargo, a la vez era una sensación agradable allí en el pecho.

Dejó la paleta a un lado y se levantó. Al hacerlo, la bata ondeó tras él. La sensación de la tela en la piel desnuda era agradable.

Un maestro de la vieja escuela le había enseñado aquel truco. Trabajar desnudo, sin inhibiciones, dejando que los sentimientos aflorasen a la piel.

Lo que aquel maestro no había tenido en cuenta era la posibilidad de que la mujer amada pudiera verle a uno en pelotas desde la ventana de enfrente.

Aunque no quisiera admitirlo, también era posible que su bloqueo con aquel cuadro se debiera a su destino.

Aquel encargo debía estar terminado en un mes.

En general, no solía tener plazos tan ajustados, pero sus padres le habían pedido aquel cuadro para su aniversario de bodas. Y era la primera vez que le pedían algo. Ellos, que no tenían más pinturas en su viejo piso que un paisaje de su pueblo regalado por su tío Jesús el día de su boda decorando el salón. Tenía la ligera sospecha de que el encargo había sido idea de su hermana, pero aquello daba igual. La cuestión era que algo salido de su pincel iba a decorar por fin la casa de sus padres, y no era capaz de ponerse manos a la obra.

Dio una vuelta completa, sintiendo cómo el aire se filtraba bajo la tela de la bata.

Era una suerte que aquella casa fuera cálida.

Volvería a intentarlo. Acabaría aquel cuadro y sus padres se sentirían orgullosos de su extraño hijo. Mostrarían su obra a las visitas y a las vecinas y dirían: “Sí, lo ha pintado nuestro Claudio. Claudio como Monet”.

Entonces sonó el timbre, sacándolo de su ensoñación.

No tenía ni idea de quién podía ser a esa hora. Ya había anochecido y debería estar pensando en hacer la cena, ya que parecía que no iba a hacer nada de provecho por el momento. La luz dorada había desaparecido hacía rato y la de las lámparas no era igual, ni por asomo.

Deseó que no fuera aquella anciana que pintaba penes. Unos penes enormes y llenos de detalles anatómicos, por cierto. Le había plantado uno ante la cara y le había pedido una opinión académica y profesional, unos términos que él no había escuchado desde que había salido de la universidad.

Claudio había inflado los carrillos y había intentado no mirar aquello muy fijo. ¿Qué podía decir?

Agustina esperaba su veredicto, aunque no por ello se había privado de hacerle a un lado para cotillear su piso.

—Le falta una mano femenina —había dictaminado, como hacían todas las madres cuando uno

vivía solo—. ¿Te ganas la vida con tu arte?

—No me va mal —tuvo que admitir Claudio con modestia, intentando que no se notara que no le gustaba que nadie tocara sus cosas.

Ella debió de notarlo, porque reía socarronamente mientras lo tocaba y olía todo y volvía a dejarlo en su sitio, haciendo comentarios acerca de los objetos, preguntando cómo había obtenido tal o cual premio o dónde había comprado esto o aquello.

Al final se había detenido frente al cuadro que pensaba regalar a sus padres y había enarcado una ceja plateada y había escupido su veredicto:

—Es bonito.

Lo había dicho con ese tono desdeñoso que se dedica a los niños feúchos y a los vestidos que te quedan regular, a los peinados que no te sientan bien y, definitivamente, a los cuadros que no son buenos.

Era bonito, y aquello era malo.

¿Qué podía decirle a la vieja después de aquello?

—Su obra es magnífica y muy... anatómica. Siga por ese camino.

Si ella podía decir aquello de su cuadro, él también podía ser cruel a su manera.

La había despachado con una palmada en la espalda y ella se había ido más feliz que unas pascuas. Ahora tal vez había regresado para hacerle pagar por su mentira.

Se ató bien la bata, para no dejar ver sus encantos, y se pasó los dedos por la barba y el pelo despeinados.

Aquello era lo más presentable que podía estar, dadas las circunstancias.

—Buenas noches, lamento...

La voz se le cortó al ver que no era Agus quien estaba al otro lado de la puerta, sino su Afrodita, su amada, su adorable vecina.

No tuvo tiempo de decir nada antes de que ella lo atrapara por la barba, de una considerable largura, y lo acercase a ella. Pensó que iba a volver a besarle, pero ella tenía un plan muy distinto.

Solo vio brillar el filo un instante ante sus ojos, pero fue suficiente para que sintiera que sus huevos se encogían bajo la bata.

El chasquido de las tijeras y la liberación fueron a la par.

Se llevó la mano a la barbilla, de donde había desaparecido la barba que le había llevado al menos dos años dejar crecer.

—Pero, pero... —balbuceó.

—Lo sabía. ¡Estás mucho más guapo sin barba! —exclamó ella, triunfal—. Ven, te la arreglaré. Además, te he traído esta cortina para que te hagas una bata de viejo de las tuyas. Seguro que te queda estupenda.

Elsa tenía la sensación de que hablaba sin parar. Lo notaba también en la cara de pánico de Claudio, que había retrocedido un paso, hasta chocar con la pared del diminuto descansillo del piso, gemelo del suyo propio.

Si intentaba retroceder todavía más, se fundiría con el yeso blanco.

El trasquilón en la barba era un desastre, pero dejaba al descubierto lo que prometía ser un rostro de lo más interesante. El rostro de un hombre acojonado.

—Te juro que no se me da mal lo de las barbas. Lo he hecho antes.

El hecho de levantar la tijera otra vez fue el detonante para que él emprendiera la huida, con la bata ondeando tras de sí. Y al hacerlo, ella se dio cuenta de que no llevaba demasiada ropa debajo. De hecho, juraría que aquello había sido un atisbo de culete. Un culete de lo más atractivo.

—Ummm —dijo para sí, cerrando la puerta con el pie y entrando en el apartamento.

Hacer aquello tal vez fuera delito, pero había algo en su interior que la hacía sentirse muy viva.

¿Cuándo había sido la última vez que había mostrado interés por un hombre? Desde luego, al punto de meterse en su casa y agredirle con unas tijeras, nunca.

—Vete, por favor. Te juro que no volveré a tocar tus plantas.

Claudio se había parapetado tras su enorme lienzo y la miraba con aquellos bonitos ojos oscuros, llenos de prevención. Bajo el cuadro, sus piernas desnudas, orladas por la bata, lucían en todo su esplendor. Todo lo interesante estaba cubierto por aquella dichosa obra inacabada.

Con un mohín, Elsa dejó las tijeras en una mesita llena de cachivaches y levantó las manos desarmadas.

—Yo solo quería hacerte un favor. Esa estética de moderno no te pega nada. El pelo no debería cubrir la belleza. —Vio que Claudio abría la boca, sorprendido. ¿Qué le pasaba a ese hombre? ¿Nadie le había hecho un cumplido en su vida?—. Aunque no me hagas mucho caso. Desde que me divorcié, hice un trato conmigo misma. Cuando alguien me gustara, se lo diría a la cara, sin perder el tiempo. No merece la pena andarse con tonterías.

Claudio dejó asomar su barba trasquilada por detrás del lienzo.

—¿Y es así como demuestras tu amor?

Elsa entrecerró los ojos. ¿Quién hablaba de amor? Ni siquiera habían hablado como las personas normales y ese artista hablaba de amor.

Bufó y cambió el peso de pie dos veces, hasta que volvió a la misma postura.

—A uno de mis ex le corté la coleta mientras dormía, pero es que me la restregaba por la cara todo el rato, así que no cuenta.

Claudio se cerró la bata, para su pesar, y salió de detrás del cuadro. Así vista, la bata era preciosa. Debía de ser cómoda también. Se preguntó cómo se sentiría, envuelta en aquella

maravillosa tela, con el cordón atado alrededor de los dos.

—Si tú lo dices. Seguro que él no pensaba lo mismo —replicó él, señalando su barba y cortando su hilo de pensamiento.

—Tú intentaste repintar mis macetas.

—Si hubiera pensado que iba a acarrear este ataque contra mi persona, te juro que no me habría atrevido a acercarme a ellas. Ni a este edificio.

Elsa sintió que todo lo que iba a decir moría en su boca. Se abrazó a sí misma y bajó la mirada.

—Mientes.

—Pues claro que miento. Tú también me gustas... o algo así. Aunque estés loca.

Antes de que pudiera protestar, o volver a coger las tijeras, Claudio la atrapó y la besó.

Los pelos mal cortados de su barba picaban, pero ni se le ocurrió apartarse. Ese idiota olía a pintura, a aguarrás y a cosas repugnantes, pero esos eran los aromas que más adoraba en su vida.

—¡Qué suerte la mía! —exclamó cuando él se abrió la bata y la envolvió con ella al fin.

Su cuerpo estaba caliente y convenientemente desnudo, como si la hubiera estado esperando todo ese tiempo. Era una suerte que ella tampoco llevara demasiado debajo de la camisa de cuadros, como si también le hubiera estado esperando todo ese tiempo.

Claudio recordó cómo había empezado esa escena y pensó que tal vez debería estar algo preocupado.

Elsa, al fin se había enterado cómo se llamaba su vecina de enfrente, entre gemidos y besos, había entrado en su casa con una tijera y le había mutilado uno de sus apéndices favoritos.

Su barba, símbolo de todo lo que quería llegar a ser, yacía ahora en el felpudo de la entrada.

Y Elsa estaba entre sus brazos, toqueteando lo que le quedaba de ella, como si le instara a despedirse de ella.

Estaba amaneciendo.

A aquella hora la luz también era preciosa, notó. Hacía años que no estaba despierto tan temprano.

—Los pajarillos cantan, las nubes se levantan... —canturreó Elsa en su oído, tan desafinada que no tuvo otro remedio que reírse.

—Ahora entiendo que decidieras pintar. La música no es lo tuyo, princesa de hielo majareta.

Elsa se revolvió sobre él, haciendo que todo su cuerpo se clavara contra el suelo. No entendía qué hacían allí, cuando había una maravillosa y cómoda cama a solo unos metros de distancia.

—Princesa de hielo majareta. Bonito epíteto para la chica a la que quieres. ¡Oh, no pongas esa cara de sorpresa! Se te escapó anoche, en algún momento entre esto y aquello. Fue precioso. — Elsa se retrepó sobre él y comenzó a besarle el pecho—. Y pensar que no te dejé repintar mis macetas. ¡Ains!

Claudio empezó a reírse sin poder evitarlo. La vibración de su cuerpo hizo que ella se arqueara de placer contra él y muy pronto tuvo que olvidar las risas para ocuparse de algo mucho más importante que de la luz rosada del amanecer y de su barba.

El chasquido de la tijera debió de despertarlo. Era una suerte que hubiera aguantado tanto, porque le había dado tiempo de acabar una de sus mejores obras.

—¡Oh, sí! Precioso. Una obra de arte.

Claudio abrió los ojos y dio un bote al ver las tijeras tan cerca de sus ojos. Elsa, montada a horcajadas sobre él, estuvo a punto de caer, pero se sostuvo a tiempo.

—Pero ¿qué cojones...

Elsa puso los dedos sobre sus labios para acallarle.

—Cuando te veas, tendrás que admitir que tenía razón. Y si no, en unos meses estarás igual de horrible que hasta ayer —añadió, encogiéndose de hombros y quitándose de encima de él—. Solo quiero que sepas que mi corazón ha dado un brinco extraño al verte. Y no sufro ninguna cardiopatía. Así que debe de ser amor.

Claudio volvió a hacer aquel gesto tan suyo. Abría mucho la boca, como si fuera a hablar, pero luego no lo hacía. Quizás debería mirárselo, porque era bastante molesto. La dejaba allí, a la espera para nada.

Al fin cerró la boca otra vez y se pasó la mano por la barbilla, ahora solo respunteada por un vello corto y un poco teñido de rojo.

—Mi barba...

Lo dijo como si le hubieran robado a un hijo o si hubiera vuelto a perder su precioso pigmento verde, tirado por las baldosas del patio.

Por primera vez se dio cuenta Elsa de que había cometido un error.

Y no era solo por aquel tono dolorido y amargo, sino porque la mano le temblaba. Sus ojos, hermosos y enormes, estaban entrecerrados y no la miraban.

—Lo siento... —Se tiró sobre él y lo abrazó con toda su alma. El pelo recortado le picó contra el pecho, pero le dio igual—. Te juro que te compensaré, amor mío. Te compraré crecebarbas. Nunca me volveré a meter con esa cosa horrible. Te haré trenzas con ella cuando te llegue por la cintura. Por favor —murmuró, contra su rostro, dando besitos a lo que quedaba de su bebé—, perdóname. No volveré a hacerlo. Por favor —beso—. Por favor —beso—. Por favor...

Claudio la miró y entrecerró los ojos.

—Como me cortes algo más mientras duermo, te juro que pongo cortinas en el ventanal.

Elsa parpadeó un par de veces, sorprendida de que no le gritara, de que ni siquiera alzara la voz.

Sonrió y se abrazó a él con fuerza.

—Te lo juro... a no ser que crezca de un modo monstruoso y haya que amputarlo por su propia salud.

Claudio se puso rígido entre sus brazos, como si no comprendiera que aquello podía ser una broma. O no.

—Elsa... —pareció rendirse al fin, con un gemido de agotamiento.

—Me tengo que ir. Tengo clase con los niños.

Elsa se había levantado tan deprisa que Claudio notó su ausencia como un vacío. Un instante estaba allí y al siguiente se había ido, dejándole, frío y desolado, tirado en el suelo.

—¿Volverás?

Ella se giró hacia él, con su adorable trasero vuelto en su dirección mientras se ponía las braguitas. Tuvo que admitir que, como última visión, tampoco estaba nada mal.

—Solo tengo una clase. Bueno, dos. Y luego... Pues no sé. —Elsa entrecerró los ojos y se puso las manos en las caderas. Así, solo con las bragas puestas, parecía una amazona que hubiera perdido su arco y se estuviera preguntando cómo le iba a destripar—. Tendremos que pensar un poco en esto. O no. Podemos simplemente dejarnos llevar. Aunque no sé por qué me da a mí que tú no eres de esos. A ti te gusta planearlo todo —empezó a caminar hacia él mientras hablaba en un tono casi amenazante, y Claudio agradeció que no llevara las tijeras en la mano—. Y a mí no me gusta planear nada. —De pronto se encogió de hombros, como si aquello no tuviera ninguna importancia—. La cuestión es que me gustas, y pensar demasiado a veces es un rollo que solo estropea las cosas.

Claudio pensó que tal vez debería dar su opinión al respecto, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo, porque ella cogió el resto de su ropa y se la fue poniendo de camino a la puerta. Salió descalza, silbando, sin un solo beso de despedida.

—¿Cómo quieres que no piense si me dejas así? —murmuró, una vez a solas.

Miró el apartamento desolado y pensó que era absurdo quedarse tirado en el suelo. Además, ahora se estaba quedando helado. Estiró la mano y cogió la bata.

Después de ducharse y tomarse un café, intentando en todo momento no quedarse mirando como un tonto hacia el ventanal para ver si ella también miraba en su dirección, Claudio decidió que aquella situación sí merecía una cierta planificación. Al fin y al cabo, él era un artista serio.

O eso llevaba diciéndose a sí mismo, a su familia, a sus amigos y a cualquiera que le preguntase a qué se dedicaba, más o menos diez años. Se había hartado de las miradas por encima del hombro y de las de desconfianza, y hasta de las risitas. No podía dejarse llevar ahora por una pasión tórrida y abandonar todos sus planes. Si es que los tenía.

Se sentó en el taburete frente al cuadro de sus padres y frunció el ceño.

Definitivamente, algo allí no funcionaba, y ya no sabía siquiera si era el verde que se había derramado en el suelo del patio.

—Esto apesta —gruñó y le dio una patada al caballete, haciendo caer el cuadro, que se estampó contra el suelo con un repugnante sonido de pintura sin secar.

Claudio contuvo la respiración y permaneció inmóvil durante dos minutos, como si así el desastre se fuera a solucionar por sí mismo.

En su cabeza podía escuchar la voz de su madre, aguda pero tranquila al mismo tiempo, con aquel eterno tinte de decepción:

—Tranquilo, querido, la intención es lo que cuenta. A nosotros nos gusta igual.

Mientras tanto, su padre apenas miraría la pintura de reojo y seguiría con su fútbol, su carrera de coches, o lo que fuera. Si asentía, sería una victoria.

Y en cuanto saliera por la puerta el cuadro acabaría en un armario o siendo el regalo para alguna vecina. O en la basura.

Sin atreverse a mirar lo que había sido de su obra, Claudio se levantó del taburete. Se dijo que, de todas formas, aquello era una bazofia.

Se ajustó la bata y cogió las llaves al vuelo. Ni siquiera se le ocurrió mirarse al espejo para ver qué aspecto tenía con la barba recortada.

Cuando tocó la puerta de Elsa, pensó que era imposible que lo escucharan, teniendo en cuenta los gritos y las risas al otro lado.

Justo cuando iba a irse, alguien abrió, pero no era su amada, sino un renacuajo que lo miró con tanta suficiencia que estuvo a punto de huir.

—Te esperábamos hace rato, artista. Puedes pasar, pero deberás pagar un tributo antes.

Claudio sintió que se le ponía cara de idiota, pero que no podía evitarlo. ¿Quién era ese niño y por qué él se sentía como un gusano que no le llegaba ni a la suela de los zapatos?

—¿Un tributo? —preguntó, tras dos intentos.

—Me gusta tu bata, seguro que vale una pasta.

—¡Erik! —gritó Elsa desde algún lugar de la casa—. ¡Deja de intentar desplumar a los vecinos y a los mensajeros!

El pequeño delincuente sonrió a Claudio con la frialdad del mismísimo Capone, pero no se hizo a un lado. De hecho, Claudio se sintió todavía más acojonado que antes.

—¡Es el artista, seño! ¡Creo que ha venido para camelarla con su estilazo!

—Serás capullo, hijo de tu...

Erik escapó de su alcance justo a tiempo. Nunca se había sentido un tipo violento, pero ese niñoato le había sacado de quicio en solo dos minutos.

La cara de Elsa apareció tras una esquina, curiosa. Llevaba el pelo recogido bajo un turbante y tenía una mancha de pintura rosa en la nariz. Para variar, no llevaba su informe camisa de cuadros, sino una túnica de colores que le hizo querer guiñar los ojos por el dolor.

—¿Pasas o te vas a quedar ahí todo el día? Nunca viene mal una mano de más con estas bestias. Te lo pagaré luego de algún modo —añadió con un beso lanzado al aire.

Claudio sintió que su buen humor regresaba a marchas forzadas.

Dar clases nunca había sido lo suyo. Y lo sabía porque lo había intentado en sus años de estudiante, cuando necesitaba dinero para pagar la universidad y las clases privadas con los mejores profesores. En general, no tenía paciencia para la gente con ego exacerbado ni con los que eran demasiado inseguros, porque se veía reflejado en todos ellos, y era algo muy incómodo. Además, le costaba mantener el pincel alejado de las imperfecciones de los demás. Por eso, creía que para ser profesor había que estar hecho de una materia especial, o estar fatal de la cabeza.

En definitiva, había que ser Elsa.

Al cruzar el descansillo, notó que las voces que había escuchado antes callaban de un modo sospechoso. Sabía que todas esas criaturas le estarían mirando al entrar, juzgándole.

Dios, y él odiaba a los niños. Le daban pavor.

—¿Qué te ha pasado en la barba?

—¿Alguna vez te vististe normal?

—¿Eres un vampiro?

—¿Pintas a mujeres desnudas? ¿Puedes enseñarme a alguna?

—En serio, ¿te has cortado tú la barba? Porque te ha quedado fatal.

—¿Te acuestas luego con las mujeres desnudas? ¿Te dejan que les toques las tetas?

—¿Me das tu bata?

—¿Vas a pintar desnuda a Elsa?

Claudio se quedó allí, parado ante el pelotón de fusilamiento, pensando en la distancia que había hasta la puerta y en si llegaría a tiempo o si saltarían sobre él para detenerle y devorarlo.

¿Qué tipo de animales salvajes se habían reunido en ese salón? ¿Qué tipo de obras salían de aquellas manos y aquellas mentes?

Miró a Elsa, pero ella no parecía espantada ni preocupada de que alguno de sus alumnos pudiera imaginarla desnuda. Aunque, si lo pensaba, a la edad de esos niños, o no tan niños, porque debían de rondar los doce, trece, a saber, ¿no imaginaba él desnudas a todas las chicas con las que se cruzaba?

Y, sí, por san Tiziano, se cortaría una mano por pintarla desnuda, aunque tuviera que sujetar la paleta con los dientes.

—¿Alguien va a preguntar algo sobre arte, pintura o batas? Aprovechad, que tenemos a un artista de verdad entre nosotros.

Claudio entrecerró los ojos al notar el tono de recochineo de Elsa. Seguro que se lo estaba pasando de miedo a su costa.

—Ya lo hemos hecho, Elsa. Queremos saber sobre modelos desnudas.

—Y tetas.

—A mí las tetas me interesan poco, la verdad —dijo una cría que pintaba en un rincón y había permanecido muda hasta ese momento—. Me interesa más saber si se gana pasta con esto o si ya puedo decirle a mi madre que no sirve de nada.

Claudio inspiró hondo y se puso la mano bajo la barbilla. Normalmente se habría rascado la barba, un gesto que le hacía interesante y le daba imagen de intelectual, pero la falta de pelo lo hizo imposible. Ahora solo había allí unos pelos cortos y duros, que tardarían tiempo en tener una forma definida.

La niña le observó sin demasiado interés, esperando una respuesta. Si tuviera la barba, seguro que no tendría aquella cara de asco.

—El dinero es importante, por supuesto —dijo. Elsa protestó a sus espaldas, pero hizo caso omiso de ella. La niña le había preguntado A ÉL—. Pero hay otras cosas, como la satisfacción de un trabajo bien hecho, el avanzar, aprender técnicas y ver que funcionan, crear tus propias pinturas a base de pigmentos que elaboras tú mismo. Pintar desnudos... bueno, eso ya lo haréis cuando aprendáis técnicas más avanzadas, supongo.

—Yo quiero hacer eso ahora —dijo Erik, con una sonrisa maquiavélica, mirando a Elsa.

—Calla, niño —replicó la profesora, que había cruzado los brazos y escuchaba a Claudio con atención, sin demasiada hostilidad.

Con un suspiro, Claudio se reajustó la bata y se volvió a la niña, que no había cambiado de actitud, nada impresionada por sus palabras.

—Si para ti el dinero es lo más importante, no puedo aconsejarte que sigas en esto. La mayoría de los artistas, en general, no ganan un duro con sus obras. Con suerte, algunos ganan lo justo para ir tirando, otros dan clases, como vuestra Elsa, y otros nos ganamos la vida a costa de un nicho de



mercado que siempre va a lo seguro.

—¿Qué es eso de un nicho de mercado? —preguntó la niña, levantando la cabeza y con un cierto brillo en la mirada por primera vez desde que había empezado a hablar.

Claudio se acercó un poco a ella, aunque sin excluir al resto del grupo. Quería echarle un ojo a lo que estaba haciendo. Tenía la impresión de que era del tipo de persona que está buscando su camino y se deja arrastrar durante años, buscando lo que le apasiona. Lo malo era que podía perder media vida en ello, y a veces era demasiado tarde para encarrilarse para cuando lo encontraban.

En efecto, su pintura no tenía nada de especial. No es que fuera mala, pero tampoco era buena. En definitiva, tenía bastante razón la niña al pensar que allí no estaba lo suyo, pero el discurso le estaba quedando estupendo, así que no se iba a quedar con las ganas a esas alturas.

—Ya sabes, gente con gustos clásicos que buscan obras clásicas.

—O sea, viejos puritanos.

Claudio sintió que se sonrojaba. Aquel tono de desprecio dolía. Y también las risitas del resto de los chicos de la sala.

Algo en su interior se rebeló contra aquellas burlas. A él le gustaba lo que hacía. Nunca se había avergonzado de ello. Le gustaban sus batas, su pelo desgreñado, y también le había gustado su barba. Sus cuadros podían ser clásicos y hasta aburridos para mucha gente, sobre todo para los que se consideraban modernos, pero había un extraño encanto en trabajar las técnicas antiguas, en copiar a los viejos maestros y tratar de desentrañar los secretos que se habían llevado a la tumba.

—Lo clásico no tiene por qué ser rancio. Los viejos pintores serán eternos, y es por algo. ¿Quién de vosotros puede nombrarme a un pintor de esta década, o de la anterior?

Los señaló uno a uno, pero ninguno de ellos pudo mantener su mirada. Esas criaturas creían saberlo todo, como él a su edad. Aquello era casi tierno, si lo pensaba.

—Nadie, ¿eh? Pues eso. Nunca insultéis a un posible comprador. Puede ser el que os dé de comer. Y ahora, mostradme vuestras obras de arte.

Los preadolescentes, mucho más mohínos que unos minutos antes, se removieron en sus bancos y se envararon, temiendo que les sacara defectos a sus proyectos.

Claudio los torturó al mejor estilo de sus antiguos profesores de arte. Él también había estado allí, esperando las alabanzas y los cumplidos que creía merecer. Y sabía que Elsa también los esperaba, con las manos entrelazadas y los ojos más abiertos de lo normal.

Dedicó al paseo por la sala media hora, observando cada cuadro durante cinco minutos exactos, como había visto hacer a uno de sus maestros favoritos. Él nunca mostraba favoritismos en público, aunque todos sabían que los tenía. No había sabido que él mismo era uno de sus preferidos hasta que había acabado la carrera, y saberlo había sido toda una sorpresa para él, porque apenas le había dirigido un centenar de palabras a lo largo del curso.

—Va usted bien, señor.

Eso había sido todo, pero había sido suficiente.

Al terminar, se plantó junto a Elsa y se dirigió a ellos, tratando de imitar la majestuosidad de aquel viejo profesor, con la chaqueta siempre impecable y la barba, también él la llevaba, como Monet, como él hasta ayer, larga y despeinada, como si aquello fuera la expresión del caos de sus ideas.

—Van ustedes bien, señores —dijo al fin.

Y fue consciente del momento en que todos respiraban tranquilos.

## 9

Después de la clase con los chicos, Elsa permaneció alrededor de diez minutos en silencio, paseando por el salón, recogiendo todo lo que sus alumnos habían utilizado.

Las normas eran claras: todos debían recoger lo que habían utilizado, pero, a la hora de la verdad, siempre había cosas dejadas en la batalla. Un pincel, un bote con un resto de aguarrás, un lienzo olvidado, un trapo sucio con restos de pintura... Y no todo ello había sido dejado allí por accidente.

Claudio se había sentado junto a la ventana, mirando hacia su propio apartamento, muy satisfecho consigo mismo.

—Si crees que les has impresionado, puedes ir bajando a la tierra, guapo. El primer día siempre te hacen creer que has ganado. Y en cuanto te confías... ¡Zas!

Él atrapó el trapo sucio que le tiraba antes de que le diera en la cara.

—No te preocupes por mi autoestima —respondió Claudio con ligereza, levantándose de la silla y ajustándose la bata—. Si ya antes tenía claro que lo de ser profesor no era lo mío, ahora pienso que deberían ponerte un monumento. No voy a disputarte a tus alumnos. Y si algún día se me ocurre planteármelo siquiera, tienes mi permiso para darme con un martillo en la cabeza.

Elsa se rascó la cabeza, bajo el horrible turbante.

—¿En serio? Se te veía tan mono y tan profesional, dando vueltas por la clase y asintiendo como si fueras a sacar una vara en cualquier momento. No sabía si pegarte por ser mejor que yo o quitarme la ropa.

Claudio se acercó y le dio un beso pequeño en la punta de la nariz, donde todavía tenía una mancha de pintura rosa.

—Seguro que a ese niñato que solo piensa en tetas la segunda opción le habría parecido la buena.

Elsa rio y se acurrucó contra él.

—Son cosas de la edad.

—Pues debo de haber vuelto a la adolescencia, porque ahora mismo solo pienso en verte desnuda.

Elsa escondió la cara en su pecho, notando el tacto de la tela de la bata contra la piel. Estaba sonrojada y no quería que él lo viera. No era algo que le sucediera a menudo.

—¿Y te gustaría pintarme? —murmuró contra él.

Claudio emitió algo parecido a un ronroneo. La vibración de su pecho hizo que toda ella vibrara también. Era una sensación extraña y agradable.

—Usaría carmesí para el fondo —comenzó Claudio, en un tono tan suave que a ella le costó comprenderlo al principio. Sintió una mano en la cabeza, deshaciendo el turbante. Agradeció el aire fresco, y sacudió el pelo para liberarlo—. Un leve matiz rosado aquí y aquí —añadió,

rozando con los labios sus mejillas y su frente, la barbilla—. Rojo en los labios, con toques de luz en el centro. Y nuestra luz bañaría tu cuerpo al anochecer, como si fueras una diosa.

Elsa sintió que las lágrimas bañaban sus ojos.

—Joder —dijo, apoyando la frente contra su barbilla—. Si vas a hablarme así todos los días, voy a tener que tomar vitaminas.

Claudio frunció el ceño, como si no comprendiese nada, aunque al final sacudió la cabeza y se agachó para poner un brazo por debajo de sus piernas y levantarla del suelo.

—Ya me explicarás más tarde lo de las vitaminas. Ahora, dime dónde está la cama y por favor, dime que tenemos tiempo antes de la siguiente clase.

Elsa se colgó de su cuello y señaló hacia a algún lugar indeterminado hacia su izquierda.

Claudio, con los labios ya pegados a los suyos, se limitó a asentir y a seguir la dirección que ella señalaba.

—¿También vamos a tener que pagarle a él?

Agustina no le miraba ni le señalaba, pero Claudio sabía que hablaba de él.

La anciana seguía trabajando en su obra, implacable, como si se encontrase ante un paisaje toscano.

Tras ella, un señor de aspecto impecable se rio muy bajito. Estaba colocado en un ángulo terrible con respecto a la luz de la ventana, pero muy bueno con respecto a Agustina. La vieja podía ser muy perspicaz para algunas cosas, pero no se había dado cuenta de que tenía a un galán enamorado de ella a menos de cinco metros de distancia.

—Tranquila —dijo Elsa, con el pelo suelto y la cara todavía sonrojada por la sesión de amor de hacía menos de dos horas—, Claudio es solo un artista invitado.

Agus emitió una exclamación llena de incredulidad.

—Como los romanos en el pueblo de las sabinas.

Claudio se colocó detrás de ella y contempló aquel pene efervescente, lleno de vibrante color, tan... anatómico. Era espeluznante e hipnótico. Era a la vez la cosa más fascinante y horrible que había visto jamás. Sin embargo, no podía dejar de mirarlo.

—Y yo que creía que le caía a usted bien.

—Es que con barba parecías otra cosa, muchacho.

Claudio empezó a pensar que debería echarse un vistazo en un espejo. ¿Tan feo estaba?

Miró a Elsa de reojo, pero ella fingió que no había visto su mirada ni había escuchado el comentario de Agus.

Suspiró y trató de concentrarse en su labor allí. Se suponía que había ido a ayudar. Aunque ante semejante portento, era complicado meter baza.

¿Qué hacía que aquella señora, que rondaba los ochenta, pintara con tanto placer un pene gigante en tonos que iban desde el fucsia al verde lima en el fondo, pasando por los más variopintos tonos de violeta, rosa y carne para el órgano en sí?

Había en ella una seguridad aplastante, algo de lo que él carecía. Y lo cierto era que, viéndola, empezaba a comprender lo que sentía su enamorada.

Era aquello lo que le faltaba a su propio trabajo. En especial, a lo que había estado pintando para sus padres.

Se le escapó una sonrisa.

Una sonrisa traviesa, malvada.

Sin decir una sola palabra, caminó hasta el siguiente alumno.

Claudio sabía que esperarían hasta después del café, del postre, de las copas. La comida había sido tranquila, sin las tirantezas habituales, quizás porque Elsa estaba delante.

A sus padres les había sorprendido que se presentara con una amiga.

—¿Una amiga especial?

Así las llamaba su madre. Nunca eran novias. Por algún motivo, todavía parecía estar esperando a que saliera del armario en cualquier momento.

A Elsa le había hecho mucha gracia la advertencia acerca de su familia. Y también le había hecho ilusión que la invitara a la comida de aniversario de sus padres.

—No entiendo qué pinto yo allí, pero vale.

Se lo había quedado mirando entre las pestañas. Estaban todavía en la cama. Era muy temprano y la luz rosada del amanecer empezaba a llenar el dormitorio.

—No te voy a decir que me vaya la vida en ello, pero me haría ilusión que vinieras. Y tener a alguien normal con quien hablar, para variar.

Intentó sonar natural y despreocupado, pero Elsa pudo captar la nota de desamparo en su voz.

—Tan malo es, ¿eh? Iré, y seré la mujer más encantadora del mundo. Lamentarán haberte hecho sentir el bicho raro de la familia.

Y, sin duda, lo había hecho de maravilla. Elsa no solo había sido encantadora, como había prometido, sino que su padre le había dado el aprobado, su madre le había dado la receta de su tarta de queso, su hermana la había secuestrado para interrogarla en el baño, y era más que probable que todos pensarán que la había alquilado en alguna página web.

Era consciente de que todos esperaban el momento en que desvelaría su obra.

Su hermana incluso le había visitado en su apartamento hacía dos semanas, algo que jamás había hecho, para ver si podía echarle un vistazo antes que nadie.

Llevaban toda la comida interrogando a Elsa acerca del cuadro, pero ella no sabía nada de lo que había pintado.

—¿Es un retrato de papá y mamá? —preguntó su hermana, achispada, aferrando la copa de champán como si le fuera la vida en ello. Era una suerte que estuviera vacía, porque ahora mismo la tenía en sentido horizontal.

—¿Un retrato familiar? —La teoría de su madre era bonita e hizo asentir a su hermana, a quien se le cerraban ya los ojos. Si seguía a ese ritmo, tendrían que acostarla en un rato.

—Algún mamarracho abstracto de esos vuestros de artistas —intervino su padre, apoyando la seguridad de su aportación con un eructo—. Con perdón, querida, que seguro que tú dibujas cosas preciosas, así con florecitas.

Claudio contuvo la risa mientras negaba con la cabeza.

Se levantó de la mesa y le pidió a Elsa que le ayudara a desplegar el caballete que había

llevado, aunque no la necesitaba para nada.

Quería montar un auténtico espectáculo. Quería que todo aquello fuera magnífico, increíble, que no lo olvidaran en su vida.

Planear aquello le había llevado un mes de duras negociaciones, y no quería perderse absolutamente nada.

Colocó el cuadro en el caballete, tapado con la cortina que Elsa le había llevado la noche en que le había cortado la barba y le había enseñado que estar un poco loco no era malo del todo. Que era incluso sano.

—Es grande —dijo su hermana, apuntando lo evidente con un cabezazo—. Eso siempre es bueno.

Su madre juntó las manos en el regazo y evitó su mirada. Para ella, sus intereses eran un capricho, incluso tantos años después.

Su padre estaba rebuscando en la mesa, pidiendo un palillo, ajeno a los demás y a la expectación reinante en el comedor.

—¿Ahora? —preguntó Elsa.

Claudio asintió.

Como si de la ayudante de un mago se tratase, Elsa levantó la cortina y dejó a la vista la obra que había decidido regalarles a sus padres por sus bodas de oro.

Su hermana escupió de golpe la bebida que llevaba en la boca y empezó a toser.

Su madre sonrió. Después dejó de hacerlo. Luego volvió a sonreír, incapaz de decidirse por una emoción, como era habitual en ella.

—¿Es una polla? —la voz de su padre, ahogada, le hizo mirar el cuadro. Era la primera vez que su padre miraba con tanta atención algo que él hubiera llevado a aquella casa, algo que él hubiera hecho, supuestamente.

Claudio sonrió y miró la obra que le había comprado a Agustina. Le había costado cincuenta euros, aguantar el ego de la anciana dándole lecciones acerca de todo, y muchos días de espera a que se decidiera al fin. Pero ella no contaba con que él deseara aquel pene más que nada. De regalo, además, le había contado lo de su admirador secreto. Solo por ver su cara al contarle algo que no sabía, había merecido la pena.

Oh, y por ver la cara de su familia. No sabía quién de ellos sufría más por no poder decir lo que pensaba de verdad para no estropear el momento. Por primera vez entendían lo que él llevaba sintiendo toda su vida.

Aquello era impagable.

Por su cabeza se pasearon todos los recuerdos de las veces que se había encerrado en su dormitorio a llorar por los desprecios, las veces que había intentado contar sus pequeños triunfos y todas las ocasiones en que se había topado con un muro de indiferencia.

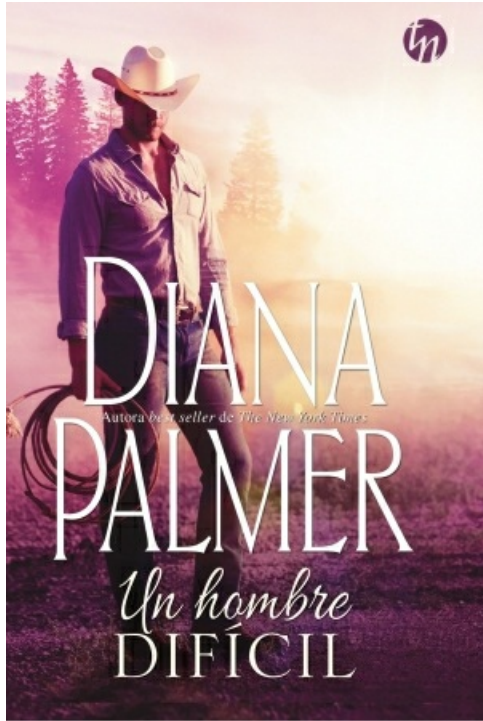
Se acarició la barba, ya igualada, suave y corta, y disfrutó.

La verdad era que a él le gustaba su trabajo y era muy triste que ellos no se alegrasen por ello. Que le hicieran sufrir por no tener unos gustos comunes ya no era su problema.

Estiró la mano, tomó la de Elsa y se la besó.

Los dejó allí, espantados, en silencio, sin saber si aquello era una broma o no. A él le daba igual.

Él tenía su luz, sus limoneros, su patio y a su vecina perfecta. Y lo cierto era que le bastaba.



# Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

*"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".*

## **The Romance Reader**

*"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".*

## **Aff aire de Coeur**

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Donna Sterling

**Sola con  
un extraño**

e<sup>lit</sup>



# Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

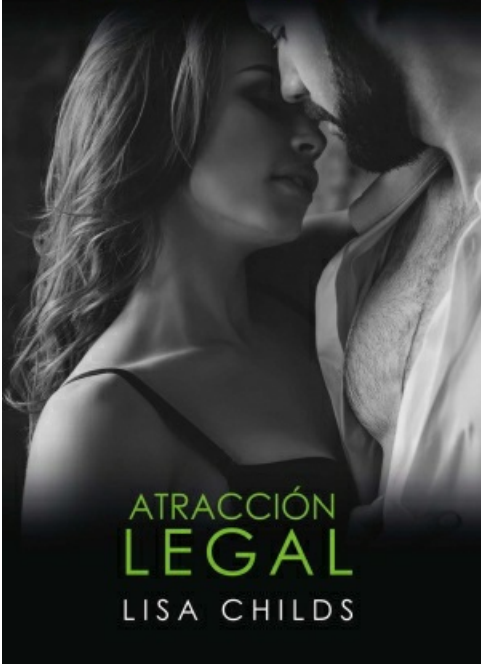
Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN  
LEGAL

LISA CHILDS

# Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

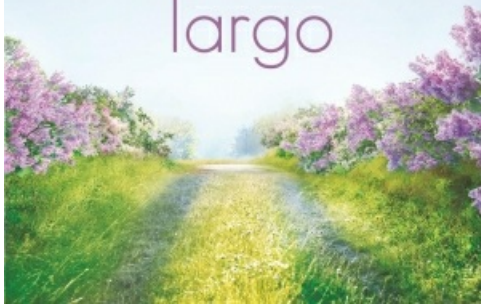
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

# SHERRYL WOODS

el viaje  
más  
largo



# El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

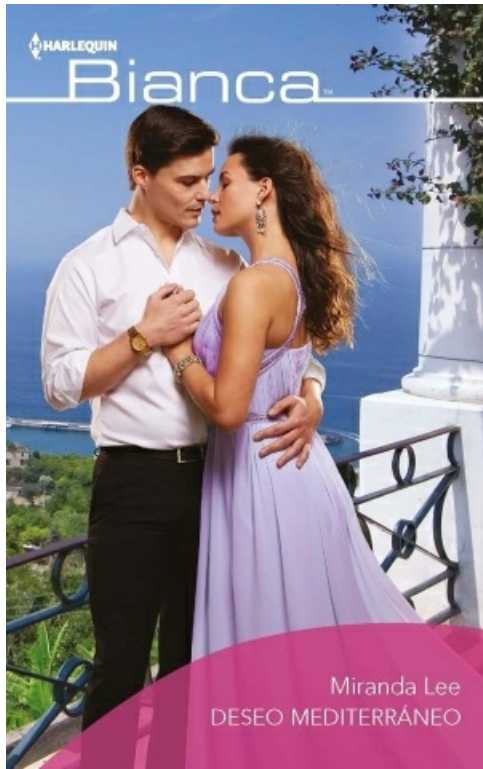
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee  
DESEO MEDITERRÁNEO

# Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Verónica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Verónica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)